

UC Santa Cruz

UC Santa Cruz Previously Published Works

Title

Nuevos cuentos mineros. Antología Peruano-boliviana. 2021

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/68x023bw>

Author

Delgado-P., Guillermo

Publication Date

2021-09-20

Peer reviewed

La cuentística minera en una renovada edición

Guillermo Delgado-P.
Departamento de Antropología
Universidad de California Santa Cruz

Recientemente y con alegría recibí una grata sorpresa en el correo de la mañana: una nueva antología de cuentos mineros titulada: “La narrativa minera peruano-boliviana” (Cochabamba: Grupo Editorial Kipus, 2021, 373pags). Roberto Rosario Vidal del Perú y Víctor Montoya, escritor boliviano, entregan este mano a mano literario como un histórico acercamiento al tema telúrico que se hermana en la memoria industrial de ambos países.

El volumen constituye un homenaje merecido a uno de los trabajos más peligrosos que la humanidad haya realizado. La antología rescata las sólidas plumas de César Vallejo, José María Arguedas, Manuel Scorza, Ciro Alegría y actualiza el interés literario de escritores contemporáneos que dialogan con los previos. El tema preocupa a nuevos creadores que sin esquivar el compromiso social, privilegian las consecuencias del extractivismo del siglo veintiuno en la materialidad del uranio, cadmio, bario, plomo, níquel, plata estaño, cobre, cobalto, rubidium, oro, litio. El tema no desaparece, en cambio ofrece tramas renovadas que, como vemos en este volumen, provocan la imaginación de nuevas generaciones de cuentistas.

Los escritores del mundo minero, desde el momento de la incursión hispana y portuguesa al Nuevo Mundo, documentaron persistentemente el tema de la minería y el mundo de los mineros, y en el caso boliviano, Luis Capoche ya en el año 1585 escribió una crónica que titula: “Del peligro con que sacan los indios el metal de las minas”. Y esta crónica seminal dio cuenta del millón de mineros que dejaron su *ajayu* en Potosí y esto sólo en el siglo XVI. Posteriormente, también los **k’aqchas** (mineros por cuenta propia), los **jucus** (mineros que trabajan por cuenta propia pero en forma ilegal), y los **cooperativistas**—inspiraron temas que han alimentado la literatura minera de hoy. Aspectos de esa cotidianidad avivan la cuentística, ahora ya sólida y quincentenaria, por estar tan enraizada en el mundo cordillerano andino desde antes. En el siglo XVI, la paleotecnología de las “*wayras*”—el horno metalúrgico artesanal que inventaron los incas, repentinamente, se transformó en la tecnología fundamental que exportó los metales a los países del centro. Este es un momento primordial y repetitivo —de ‘acumulación primitiva’, como dijera Marx, y que los y las escritores del mundo andino jamás abandonaron como lo vemos en esta innovada compilación. Roberto Rosario y Víctor Montoya se han esmerado en acopiar, antologar y unirse con sus propias creaciones a los y las escritores de ese mundo industrial entre los que se registran cuentos de dos mujeres, la boliviana Gladys Dávalos Arze y la peruana Auristela Macedo.

En este volumen, catorce escritores peruanos y veinte bolivianos nos ofrecen distintos capítulos de ese mundo que, leídos desde la memoria literaria (¿por qué que es un país sin memoria?), hablan de la transformación socionatural y lingüística, de la precariedad humana, de la fuerza natural. Roberto Rosario en su ensayo

introdutorio nos ofrece un resultado dedicado y completo del acopio de la información temática. Organiza un mapa literario invitando inequívocas voces que son maestras y modelos literarios. Así, repentinamente, el mundo literario que se articula en estos cuentos privilegia las pasiones de una realidad cuyo lenguaje es propio, superando a veces la creatividad imaginativa de quien quiera re-crear esos mundos a través de las palabras de nuestro castellano andino tan apegado a la ironía, a la parodia. Roberto Rosario afirma que en el Perú, no obstante, es necesario hacer un doble esfuerzo para privilegiar esos mundos en la literatura, porque a pesar de ser económicamente gravitante, no ha llamado la atención de la ficción como quisiéramos. Quizá por ello es saludable leer que Perú, a través de sus escritores en este volumen, proceden del mundo serrano. En otras palabras, no son costeños ni ciudadanos indiferentes, sino creadores y testigos cercanamente afectados e inspirados por los mundos mineros.

En el caso del espacio minero boliviano esta antología constituye una venia a los que precedieron en documentar el tema. Entre ellos, don Gunnar Mendoza, archivista y bibliófilo que alentó a muchos investigadores y escritores a continuar privilegiando el tema minero. Y al escritor René Poppe que recuperó el tema de la cuentística minera en la década de los años 70 con su sostenida obra y que, en 1983, compilara también una antología única. Naturalmente, quienes hemos operado en este espacio, y de ello Víctor Montoya es testigo y parte, a menudo retratamos en las tramas aquellas inevitables tensiones del capital y del trabajo, *management* y obrero, que logran su expresión antagónica a través del movimiento obrero, quizá una de las más radicales manifestaciones sindicales que durante el Siglo XX logró dominar el espacio de la política nacional a través de la influyente FSTMB. Esa gravitación minera que fue columna vertebral de la COB, ha sido *leit motiv* de tantos escritores que persiguieron con pasión, a través de su literatura, la presencia de personajes de interior mina en todas sus dimensiones: el embrujo atrayente del Supay o Muqui, los líderes sindicales, los accidentes fatales, las masacres mineras, los derrumbes o **aysas**, el espíritu alelado de los trabajadores de interior mina, la celebración radical de la vida, la rememoración de los muertos cuyos *ajayus* (espíritus) deambulan en los socavones re-apareciendo, otra vez, en la árida oscuridad de los laberintos mineros, el fuerte sentimiento de solidaridad y fraternidad, y en la memoria de los abuelos y abuelas que —como recuerda Víctor Montoya—avivan la *oralitura* de las minas: decía Víctor: “mi abuelo aparte de ser un narrador jocundo y carismático, era un hombre capaz de embelesar a cualquiera con sus historias fantásticas, ... así era mi abuelo, conocedor de la mina y sus secretos”.

Tanto en Perú como en Bolivia el mundo de la mina reconoce al Hanan Pacha, al Kay Pacha y la Ukhu Pacha, es decir los mundos etéreos, los exteriores y los mundos interiores. Estos mundos se corresponden, uno no existe sin el otro, son complementarios. El mundo de abajo, el subsuelo, la Ukhu Pacha, ha llamado la atención de escritores donde, entre socavones y galerías, emerge un personaje mítico y priápico denominado Supay o Tío, Chinchiliku o Tata Muqui, en el Perú. Este personaje ha inspirado la literatura telúrica andina que puede llamarse fantástica o surreal, sin necesariamente apartarse de ese mundo retratado por el

realismo social. Por ello, los aspectos surreales de la literatura minera constituyen una realidad tangible —decimos que si Kafka hubiera nacido en las Américas sería un realista, y no un surrealista— pues nuestra naturaleza está viva —**jallpa kamasqa**—. Desdecimos así, con este concepto andino, aquella errada imaginación de la ontología cartesiana que separa naturaleza de cultura, como si fueran opuestos —pues Descartes dijo que la naturaleza está muerta y que los animales no se comunican—; para el mundo andino, falso. Tal separación no existe, por ello los trabajadores de interior mina, antes de comenzar su faena, ofrendan a los pies del Tío o Supay, del Chinchiliku, del Tayta Muqui y en una *ch'alla* o un *pagapu*, le ofrecen hojas de coca, un cigarrito encendido, un trago de alcohol, es un tributo a la fertilidad del numen minero, porque pensamos que estos dioses térreos y teratológicos atraen y reproducen los minerales de la Madre Tierra, que es como pensar a la mina y la minería como si estuviéramos hablando de la tierra orgánica que nos ofrece sus frutos— en razón de ello, los mineros como una crítica al capitalismo extractivo que los explota dicen: “todo para el cajero, nada para el minero”.

Habiendo convivido con mineros en sus campamentos y galerías subterráneas —tal como también lo hacen a menudo el escritor boliviano Víctor Montoya y el peruano Roberto Rosario—, y habiendo dialogado con ellos por muchos años, he aprendido que muchos de estos trabajadores que provienen de las áreas rurales quechua aymaras, piensan a menudo que los socavones mineros y sus filones se asemejan a las sementeras que cultivan en las que pueden palpar la dádiva fértil de la Pachamama, porque la mina es una benevolente Madre Tierra. Los mineros saben que su actividad de violencia extractiva tiene su precio, es decir, que la muerte acecha constantemente su mundo, y por ello, sus rituales periódicos aseguran de verter la sangre de las llamas y no de los humanos, en señal de agradecimiento por esa generosidad de la naturaleza. Pero esta actividad es un sacrificio que los mineros saben, destruye al mundo y los destruye a ellos mismos, es una destrucción creativa que garantiza el respirar del mundo, todo en nombre del *progreso*. Es un intercambio de dones. Cuando el uruguayo Eduardo Galeano para escribir su libro “Las Venas Abiertas de A.L” convivió en Siglo XX con los mineros bolivianos, ellos le dijeron: “La tierra nos puede comer cuando quiera”, es el título de un cuento que escribió Galeano. Pero el resto del mundo ignora que ya habitamos una era en la que el *progreso* unilineal se ha convertido en colapso, en precariedad, en incertidumbre —en efecto, para recordar a Galeano “la tierra nos puede comer cuando quiera”. Por eso hoy hablamos del calentamiento global, de la crisis ambiental. Así, la minería es una empresa destructiva y tóxica, conscientemente estamos observando un ecocidio y un suicidio de la humanidad. Algunos ejemplos que nos dicen que no estamos equivocados: en Morococho (2013-14), existen ‘desplazados’ que reinventan sus vidas en Carhuacoto; y en el año 1986 se produjo una Marcha por la Vida cuando los mineros ‘relocalizados’ perdieron sus fuentes de trabajo porque el estaño colapsó en el mercado internacional, su demanda disminuyó de la noche a la mañana, y la tecnología del mundo halló el wolfram o aluminio, o la refrigeración para conservar alimentos que antes dependían de la lata

o bote de estaño, envasados cuya materia primordial era el estaño que sólo se encuentra en la calidad que se requiere en la cordillera de los Andes.

En este volumen que nos ofrecen Rosario y Montoya, la naturaleza andina ha sido transformada constantemente por la extensión del capitalismo —Cerro de Pasco, Morococha, Huancavelica, o Siglo XX, Huanuni, San José, son trasfondo de estos cuentos—, que la reformula al extremo de pensar que esa naturaleza ya no tiene nada de natural porque ha sido re-diseñada tantas veces por la intervención humana (antropogenia) que hoy distinguimos varios tipos de naturalezaS (la orgánica, la capitalista, la híbrida, la tecno-naturaleza—sugiere mi colega Arturo Escobar), y pues cada una de estas facetas proporcionan material para adentrarnos en estas ficciones. Así, esas naturalezas tiene algo que decir porque ya habitamos un mundo dañado, contaminado, que lucha por hallar brotes de vida en medio del colapso. En el próximo futuro que ya está aquí, una renovada literatura minera habrá de narrar a los mineros del litio, a la industria extractiva ligada a escasos “minerales raros” y la contaminación de la escasa agua potable.

Mientras tanto, este volumen que aproxima la cotidianidad del mundo minero ligando siglos y decenios, lo hace articulando una especie de memoria industrial a través de la ficción porque las palabras retratan ese abigarrado mundo que aludimos. El mundo minero siempre fue un mundo de exportación, un mundo transnacional. Por eso en el mundo de la minas vemos peruanos, bolivianos, chilenos argentinos, ingleses, escoceses, franceses, alemanes, y naturalmente, trabajadores andinos que traen a la Uk”u Pacha, los inframundos palpitantes de los Uk”u runas, el mundo aymara y quechua de nuestros ancestros.

Y tanto entre los peruanos como entre los bolivianos, cuya diferencia responde a las fronteras artificiales, aunque somos un solo mundo, lo minero como tema, apasionó a muchos antologados, y al sociólogo René Zavaleta Mercado, que teorizó el proceso de proletarización. En toda esta cuentística emerge ese proceso, es la literatura de ese mundo, por eso alguna vez él dijo: “proletarización es un cambio radical, la sustitución de una visión de mundo por otra”. Al leer cada una de estas contribuciones, los avatares de ese proceso de sustitución ficcionalizan el *pathos* de esa experiencia asincrónica. Al final, estos escritores traman desde la literatura ese lento proceso de sustitución, es un tipo de registro de nuestra memoria en la que clase, género, medio ambiente y etnicidad se entrecruzan creativamente. De ellos podemos decir que pertenecen a generaciones que narran los mundos de la mina en su trasfondo transnacional sin olvidar a las generaciones pasadas que, con saga estética, añadieron el imaginario de su producción literaria, dejando constancia de este hecho tan ligado al concepto actual del Antropoceno —la era que coincide con la destrucción del planeta que aceleró la llamada Revolución Industrial en la Inglaterra de 1880. En fin, por muchas otras cosas más, estos cuentos mineros provocan, inspiran, y ofrecen amplios espacios para decirnos como países históricamente ligados a la minería.